

Las posesiones

A*

Llucia Ramis

Las posesiones

Libros del Asteroide 

Primera edición, 2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Lluçia Ramis Laloux por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Cinta Vidal
Fotografía de la autora: © Santi Cogolludo

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-53-9
Depósito legal: B. 4.900-2018
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Los que buscan la verdad merecen el
castigo de encontrarla.

SANTIAGO RUSIÑOL

Cualquier parecido con la realidad
es pura ficción.

Podría haber sido una noticia más. Una de aquellas historias sensacionalistas por las que familias enteras exclaman frente al televisor: «¡Qué horror! ¡Cómo es capaz alguien de cometer semejante salvajada!». Cuántas horas pasamos mirando la tele y qué pocas veces nos cambia la vida. Mi madre, sentada en el sofá; yo en el suelo, a sus pies, con la espalda apoyada en un cojín. Mi padre estaría en el despacho, al final del pasillo, porque no lo recuerdo con nosotras. Una noche cualquiera antes de cenar. Un martes de mayo. Los días se alargan. Los exámenes a la vuelta de la esquina y la lámpara de pie encendida. El murmullo de los coches al otro lado de la ventana abierta. Recortada en el cielo añil, entre los edificios, la luna casi llena.

Ha acabado la guerra en Irak. El gobierno británico pide explicaciones por la muerte de un camarógrafo en la franja de Gaza, tiroteado por los israelíes. El Papa ha visitado Madrid. La monotonía de la realidad ajena flota con un rastro de polen y ha llegado el calor de repente. Entonces, nos asalta un nombre. Es un nombre conocido y cercano, mencionado por la presentadora en un tono demasiado neutro para lo que está diciendo: «Esta mañana, el empresario Benito Vasconcelos ha matado a su mujer y a su hijo de dieciséis años en su chalet de la Moraleja y luego se ha quitado la vida».

Miro instintivamente el pisapapeles que utilizamos para tra-

bar la puerta del salón y evitar que se cierre con las corrientes de aire. Mi madre ha dicho un taco. Nunca lo hace. Es un pisapapeles pesado, de hierro fundido, negro, con el logotipo de la empresa en dorado. Representa a un hombre recostado, leyendo. Mi madre está gritando el nombre de mi padre para que venga. Alguna vez le he oído comentar que ese pisapapeles dejará marcas en el barniz del parqué. O a lo mejor ya ha descolgado el teléfono y está llamando a mis abuelos. Él me lo regaló la única tarde que fui a su oficina. «*Vous voyez les nouvelles?*», está diciendo mi madre con voz aguda y urgente. También me regaló otras cosas con el mismo logotipo, dos iniciales en relieve. Un bloc de notas, papel de cartas. Había algo en él que no me gustaba. Hablaba demasiado fuerte, o se reía demasiado, o me pellizcaba la mejilla. No lo recuerdo bien. Alguien ha subido el volumen de la tele. A lo mejor he sido yo. Sí recuerdo el ascensor. Era uno de esos ascensores antiguos de madera; se movía despacio y crujía, y tenía unas puertas de cristal asomadas a una gran escalera señorial de mármol, una banqueta para sentarse y un espejo ahumado por los bordes.

Solo lo vi tres o cuatro veces. Y si no fuera porque está ahora mismo en la pantalla, su imagen se habría ido desvaneciendo hasta desaparecer, como desaparecen los rostros de esas personas en las que no tenemos por qué pensar nunca más. Un llavero con las dos iniciales doradas, un mechero. Regalos absurdos que me hizo aquella tarde para agradarme. Mi abuelo solía decir que era un hombre desprendido, que daba propinas generosas y hacía regalos caros a sus trabajadores y amigos. Los que me hizo a mí no eran caros. El pisapapeles aún resultó útil, y ahí está, aguantando la puerta para que no se cierre, rayando el parqué, según mamá.

Al teléfono, mi abuela contesta que sí, que acaban de verlo. Dice que mi abuelo está consternado. No hace ni medio año que se jubiló.

— ¿Tú crees que ha esperado a que tus padres vinieran a Ma-

llorca para hacerlo? —le preguntará luego mi padre a mi madre.

—Vete a saber lo que se le pasa por la cabeza a alguien así —responderá ella.

Aquella tarde, cuando vi a ese hombre (quiero decir hace solo un par de años, yo aún llevaba aparatos en los dientes), era tímida. Todo me asustaba. Los desconocidos me asustaban. Madrid también. El metro de Madrid. Y ahora, sentada frente a la tele, entiendo que será imposible que su nombre se confunda con el de aquellos con quienes nos cruzamos en alguna ocasión. Benito Vasconcelos volverá una vez tras otra, reivindicará involuntariamente su memoria después de muerto, convertido en fantasma.

Cuando nos despedimos —¿y qué me molestaba tanto?, ¿me apretaba el brazo?, ¿se le acumulaba la saliva en la comisura de los labios?—, yo muy cerca de mi abuelo y de mi madre, delante de aquel ascensor renqueante en el que bajaría a una céntrica calle de Madrid para no volver a verle (hasta ahora, que su foto y su chalet con la puerta precintada y la fachada de aquel despacho salen por televisión), el socio de mi abuelo dijo:

—A ver si pronto organizamos algo con mi hijo. Hace tiempo que no vamos a Mallorca. Quién sabe. ¡Haríais buena pareja!

Su carcajada resonó ofensiva en la escalera.

PRIMERA PARTE

1. La isla

Un aire húmedo cargado de salitre flota en el *finger*. Me cuelgo la bolsa al hombro. Es un viaje de emergencia y solo llevo lo indispensable, pero lo indispensable pesa de todos modos. En la terminal, grandes fotos de las calas bañadas por un mar azul de Photoshop dan la bienvenida a la isla con frases escritas en castellano, catalán, alemán, inglés y francés.

Los turistas arrastran torpes sus maletas, buscando los paneles indicadores, entre tiendas de ensaimadas, souvenirs, cafeterías y un Burger King que exhala perfumes aceitosos. Los demás nos dirigimos a la salida sin entretenernos, siguiendo un itinerario aprendido de memoria. Llevo trece años en Barcelona y viajo a Mallorca cuatro veces al año como mínimo. No me gusta volar y los aeropuertos son irritantes, colas, esperas, la luz mortuoria de los fluorescentes cayendo sobre toda esta gente que no está en ninguna parte. Unos de camino a las vacaciones, otros trabajando. Y yo a punto de descubrir qué pasa con mi padre.

Enciendo el móvil y veo dos llamadas perdidas de Iván y un mensaje: «Ánimos y besos! Hablamos esta noche». No he tenido tiempo de despedirme. Pienso que últimamente solo nos comunicamos a través de llamadas perdidas y mensajes. Nadie diría que trabajamos en la misma redacción y vivimos juntos. Demasiados frentes abiertos. Estamos agotados. Meterme en un avión era lo último que me convenía en este momento, pero la

voz de mi tía sonaba preocupada. En realidad, lo preocupante fue el hecho en sí: que mi tía me llamara. No recuerdo que lo hubiera hecho antes. Aun así, me costó darle crédito. Si mi padre estaba tan mal como aseguraba — «hará daño a alguien o se hará daño a sí mismo», repetía con cierto toque melodramático, como en una telenovela —, si realmente mi padre necesitaba ayuda, mi madre, psicóloga como él, se habría dado cuenta y me habría avisado. Por otra parte, mamá es discreta y tal vez no quisiera alarmarme. Cree que puede con todo, nunca pediría nada. En casa de herrero, etcétera.

«A ti te hará caso, siempre te hace caso», insistía mi tía, «tu padre tiene que ir a un especialista». Y la palabra *especialista* sonaba grave. Dudé ayer por la tarde, perdida en la galería, la ropa a medio tender, el teléfono en la oreja. De repente el paisaje de patios interiores con flores y viejas, donde por las mañanas trinaba algún canario enjaulado, dejaba de ser familiar. Acababa de recaer en mí la responsabilidad de ocuparme de mi padre, quedarme en casa el fin de semana solo aumentaría mi inquietud y remordimientos. Además, la frase «a ti te hará caso» hizo que me sintiera importante.

Es cierto que lleva unos meses raro. O haciendo cosas raras, más bien. Pero es apasionado y le gusta llevar la provocación al límite. Yo lo atribuía a un cabreo monumental, provocado por la combinación de la incierta situación política, una disputa entre vecinos que se está complicando y su jubilación. Sé por varios amigos (y por Iván) que muchos padres pierden la cabeza cuando se jubilan. De hecho, a menudo comentamos, con una copa de vino en la cena, que tiene que ser jodido sentirse prescindible. Sentir no solo que no produces, sino que cuando ya eres un museo de tu vida te estás gastando en tu propio mantenimiento improductivo esa pasta que le iría tan bien a tus hijos.

Dentro de unos años, dirán que el mundo así como lo hemos conocido se acaba ahora. Ahora estamos en 2007 y nos

falta perspectiva para verlo. Las amenazas de crisis suenan a las típicas peroratas apocalípticas de gurús económicos que sin duda están en lo cierto, pero tienen la misma eficacia que los ecologistas cuando alertan sobre los efectos del agujero de la capa de ozono, el cambio climático o el plástico en los océanos. «De momento, todo va bien», se dice un tipo mientras cae al vacío. Es un chiste de la película *La Haine* y describe esta alegría superficial con la que evitamos pensar en el futuro contra el que impactaremos de cabeza. Yo tengo un contrato temporal pero correcto, no me pregunto de dónde saca tanta pasta Iván. A nuestros treinta años recién cumplidos, estamos en un buen momento profesional, parece que por fin nos valoran.

Nuestros padres están en otro nivel, casi en otro universo. A veces, en broma, decimos que se han convertido en nuestros hijos. Sobre todo el de Iván, desde que su madre, con la que ha compartido media vida, le ha pedido el divorcio.

—Es de locos. Mi padre es incapaz de vivir solo. No sabe ni freírse un huevo —decía Iván al volante, mientras volvíamos del periódico, tarde, como siempre, después de comernos un bratwurst en el frankfurt que hay a dos calles de la redacción.

—Y seguramente tu madre es incapaz de vivir con él las veinticuatro horas. Cuando él trabajaba, mira, aún lo aguantaba, pero ahora... Imagínate tener a un tío incapaz de freírse un huevo tirado todo el día en el sofá.

Mi padre es más bien hiperactivo. Quería jubilarse para hacer todo eso que le apetecía y no podía hacer, y que consistía básicamente en salvar la fauna y flora de Mallorca y dedicarse a su blog. Un blog muy político en el que critica al Partido Popular y el capitalismo norteamericano. Hasta hace poco recibía miles de visitas, la gente le dejaba comentarios, le felicitaban reconocidos periodistas de la isla. Tenía una voz. Era alguien.

La entrada que tal vez lo desencadenó todo fue una titulada *El muro*. Aunque es absurdo pensar que un simple texto haya provocado que ahora yo esté aquí, pasando sin detenerme por

delante de las cintas transportadoras donde se amontonan equipajes por recoger.

La raíz tiene que estar en otra parte mucho más profunda, en algún lugar al que solo podría llegar escarbando, ensuciándome de tierra.

Mi padre, papáito cuando le hablo con retintín y sin respeto en las discusiones, *mumpare* si me refiero a él en mallorquín, Juan Mateo en los papeles y Mateu para los demás, es para mí: papá. Es el hombre de mi vida en un sentido estricto, porque sin él yo no estaría aquí. Ahora estoy aquí por él, y sé que habrá venido a recogerme, como siempre, solícito cuando se trata de alguien de la familia, demasiado, según mi punto de vista. Me exaspera sin que haya ninguna razón concreta. Me exaspera su bondad infinita y ese reclamo de amor en sus ojos cuando me mira que es casi una súplica. Como si en el fondo sospechara que no puedo corresponderle, o que no le correspondo como a él le gustaría porque siempre quiere más y yo no sé. Intentaré cargar con mi bolsa, le diré que no hace falta, insistirá, volveré a decirle que no, lo preguntará una tercera vez: «*Segur que no vols que te la dugui?*».

Él no dice que no a nada, y tú tienes que decírselo tres veces para que lo acepte. ¿Seguro que no quieres probar el postre que ha pedido en el restaurante? ¿No quieres que te acompañe en coche? ¿Seguro que no quieres que vaya a Barcelona para ayudarte a configurar el ordenador? No, no y no. Gracias, pero no. Esa insistencia me pone en su contra con una vehemencia que él se toma como una confrontación. Quizá lo sea. Brusca por impaciente. Pero ¿no sería más sencillo que él admitiera lo que quiero o dejo de querer, sin insistir en su idea de lo que considera que yo debería querer? No sé lo que me pierdo, estoy equivocada, debería dejarme ayudar y asesorar, y no llevarle siempre la contraria, piensa. Supongo que, a estas alturas, esperar que él

cambie la percepción que tiene de mí no tiene sentido. Por otro lado, también es tarde para que yo aprenda a dejarle hacer o dejarme llevar, a dejarme querer, como sí hago, en cambio, cada vez que viene a buscarme al aeropuerto. Nuestras pequeñas treguas se concentran en el reencuentro.

Ahí está. Me espera donde siempre, enfrente de la puerta D, aunque ya debería saber que nunca facturo y que salgo directamente por la puerta lateral. Es alto y su pelo ya está del todo blanco. Va muy despeinado. A medida que me acerco —aún no me ha visto, porque intenta divisarme al otro lado del cristal y yo ya estoy fuera—, me fijo en que lleva la camisa desabrochada casi hasta el ombligo. No se ha afeitado. Parece un surfista retirado, o uno de esos hombres que viven en Miami y salen en las teleseries. O, espera, a lo mejor pretende ser Jeff Bridges en *El rey pescador*, aunque se parece más a Jeff Bridges en *El gran Lebowski*.

Me descubre por el rabillo del ojo, se vuelve hacia mí y abre los brazos exageradamente. Entonces, como si hubieran esperado esa señal, una pareja de negros se aproxima al galope: él me enfoca con una cámara de vídeo, ella me pone una grabadora en la boca. Son casi tan altos como mi padre, rondarán los veintipocos, sus brazos satinados brillan como el ébano pulido.

Miro a mi padre estupefacta. De qué coño va esto. Él pronuncia mi nombre completo, con los dos apellidos, y me pregunta cómo ha ido el viaje, imitando a un reportero de la prensa rosa. Los subsaharianos esperan a que yo diga algo, apuntándose con sus aparatos electrónicos, pero estoy muda. Por fin, logro balbucir un nervioso:

—*Papaíto, vols fer el favor de...*

No me deja acabar la frase, y grita que soy una escritora famosa. Algunos viajeros nos miran al pasar a nuestro lado. Mi padre pregunta si ya estoy trabajando en un segundo libro, cuáles son mis proyectos. Necesito salir de aquí. Los subsaharianos siguen mis movimientos hacia el exterior, como si pudieran

arrancarme alguna declaración interesante. Esta vez mi padre ha olvidado ofrecerse a llevarme la bolsa; claro que esta vez mi padre no es mi padre. Es alguien que se ha metido en su cuerpo y se ha colgado una grabadora al cuello que no apaga nunca porque —me dice de camino al coche— necesita pruebas.

¿Pruebas de qué?, me atrevo a preguntar.

—*De tot!* —exclama.

De las amenazas, de su existencia. De la vida en general.

Cuando heredamos la casa, pareció cumplirse una suerte de justicia poética. Mis abuelos belgas acababan de vender Can Meixura, el lugar exacto donde empiezan mis recuerdos, paraíso perdido al que no podré regresar. Son Cors estaba a unos veinte kilómetros de allí, también pertenecía al municipio de Fenassar, y es donde nos reuníamos cada primero de agosto para celebrar el cumpleaños de mi abuelo mallorquín. No habíamos vuelto desde que dejó de cumplirlos.

Al heredar Son Cors, mi padre pensó que podría arreglar la casa y recuperar, en cierto modo, la memoria, aquel terreno propio del verano, y los fines de semana que habíamos perdido al vender Can Meixura: algarrobos, chumberas y la luz más bella del mundo. No en vano, *Son* significa «*açò d'en*», «esto de», una *possessió*, que es como se llaman los caseríos en Baleares.

Cors viene de «corso». A lo mejor aquella posesión fue corsa alguna vez. *Cors* también es el plural de «corazón».

Cuando le dije a mi madre que perder Can Meixura me dolía como si me hubieran arrancado un brazo o se hubiera muerto un ser querido —de hecho, todos morimos un poco, fue como malvender nuestro pasado—, a ella le costó entenderlo. Mi madre no tiene ningún sentimiento de pertenencia. Nació en Bélgica y vivió en Asturias, Madrid y París antes de instalarse en Mallorca al casarse. Si le preguntaras dónde están sus raíces, seguramente no sabría qué contestar. Eso no la vuelve una

desarraigada. Aunque, bueno, la palabra desarraigada me hace pensar en descarriada, que no es lo mismo. O tal vez sí.

Tanto da. Son Cors no era Can Meixura: no tenía vistas al Puig de Sant Bartomeu ni rastros de mi infancia correteando por sus campos, pelándose las rodillas al trepar a los árboles, aprendiendo a reconocer a un petirrojo y una abubilla, a distinguir el canto de un ruiseñor y el de un mirlo, escondiéndose en cabañas construidas en el interior de los matorrales, donde enterramos a Dalma, nuestra vieja pastora del Pirineo. No hay fotos amarillentas de cuando la electricidad llegó a Son Cors, como sí las hay de cuando llegó a Can Meixura, y yo, a mis tres o cuatro años, señalo una lámpara encendida mientras pongo cara de fiipe. A Son Cors nunca fue un zahorí, que a mí me pareció que movía a propósito el péndulo cerca de los algarrobos frondosos de Can Meixura porque eran la mejor prueba de que allí habría agua. Ni llegó luego un camión por el angosto camino que serpenteaba hasta la casa, en el que mi padre y mi abuelo quitaban piedras y yerbajos, y me pedían que les ayudara a primera hora de la mañana, antes de que el sol cayera a plomo sobre nuestros sombreros de paja.

Los del camión perforaron el suelo. Cada tubo que introducían en la tierra tendría unos tres metros de largo y costaba un dineral. Podían dar con roca y, en tal caso, sería una inversión perdida. Por otro lado, la intención de mis abuelos belgas era retirarse allí cuando se jubilaran. Si no había agua, habría que pensar en una alternativa. Seguramente tendrían que quedarse en Madrid, donde vivían, y venir solo los meses de verano y algunos días de primavera, como hasta entonces. Para estancias cortas, les bastaba con lo almacenado en la cisterna.

Pero la perforadora no dio con roca, el agua salió a chorro, expulsada con la fuerza de un orgasmo, y me puse a bailar y a brincar como un indio bajo la lluvia después de una gran sequía. O, por lo menos, como los indios que aparecían en los libros ilustrados.

A mi madre no le gusta el campo. Iba obligada a Can Meixura, primero por mí, una niña no puede pasar los fines de semana encerrada en la ciudad, y desde que se instalaron allí, por sus padres. Cuando por fin vendieron la casa, el año pasado, se sintió liberada. Ya no tendría que volver. Cuando unos meses después mi padre heredó Son Cors, pensó que el destino le gastaba una broma pesada.

Son Cors no tenía grabada nuestra historia, pero sí una fecha encima de la puerta: 1719. Mi padre dedicaba su jubilación recién estrenada a arrancar malas hierbas y plantar palmeras, intentando adecentar un lugar al que a mi madre no le apetecía ir y al que yo iría muy poco, porque vivo en Barcelona. Dos o tres veces por semana, mi padre recorría los sesenta kilómetros que separan Palma de Son Cors, y se pasaba allí las horas, rastro en mano y la camisa abierta, los pulmones llenos de aire puro, arreglando con sus manos lo que el tiempo se empeñaba en erosionar bajo la maleza.

Podría haber sido siempre así. Escuchar distraídamente sus progresos, los domingos por la noche al teléfono — *«avui he fet un muret per protegir es roser que vaig plantar aferrat a sa façana de ses pletes»*, *«avui he hagut de redreçar es roser amb un filferro, perquè havia caigut amb es vent»* —, dejar que creyera que algún día pasaríamos allí las vacaciones, él convertido en el abuelo feliz de dos niños que yo tendría con Iván o con quien fuera, niños que serían tan felices como yo cuando trepaba a los árboles y volvía de mis aventuras con las bambas llenas de tierra y arañazos en las piernas, y a los que él, mi padre, les contaría historias mientras mirábamos la lluvia de estrellas, las lágrimas de San Lorenzo, como había hecho mi abuelo conmigo en Can Meixura.

Esta ilusión de mi padre llevaba implícita una necesidad de permanencia: él recuperaba la casa que fue de su abuelo, y luego de su madre, y en la que celebramos tantas veces el cumpleaños de su padre, todos en familia, rodeados de moscas y ovejas. Y que-

ría seguir llenándola de recuerdos, igual que sembraba tomates en el pequeño huerto que había preparado, aunque no tuviera ni idea de horticultura, esperando que quedara algo de todo eso para cuando él ya no estuviera. Tal como sigue ligada a esta casa la fecha del primero de agosto, y también el año de su construcción en la fachada sobre la puerta.

Ni por un momento se le pasó por la cabeza que yo no fuera a tener hijos, ni mucho menos lo que al final ocurrió.

Suena un leve pitido a la vez que parpadean los faros y se desactiva el seguro de las puertas. Sabía que se había comprado un coche, pero no me imaginaba esto. «*Un cotxe de senyor*», dijo al teléfono. Los subsaharianos se acomodan familiarmente en el asiento de atrás mientras la capota del Audi dorado se desliza hacia el maletero con un zumbido. ¿Cómo es que mamá no me había advertido de esto? Recuerdo las palabras de mi tía: «Tu padre está gastando un montón de dinero, compra cosas inútiles sin parar, le regala aparatos electrónicos a todo el mundo, grabadoras, cámaras digitales, lectores de DVD, ¡incluso ha contratado a dos senegaleses!».

Mi padre se ha puesto las Ray-Ban de aviador que llevaba antes de casarse. Subo titubeante a su lado. Me abrocho el cinturón y por un momento creo que hará rugir el motor, como si condujera un Porsche o un Ferrari. Pero el coche sale silenciosamente del parking y se incorpora a la autopista bajo el cielo azul. Entonces mi padre acelera. Va enumerándome las maravillas del Audi y de vez en cuando se vuelve para indicar a los subsaharianos lo que tienen que grabar, ahora un avión que aterriza, ahora un molino sin aspas, mientras conduce a una velocidad excesiva sin poner demasiada atención y pita a los coches del carril izquierdo para que se aparten.

Este no es mi padre, no dejo de repetirme. Soy incapaz de reconocerle, tan eufórico y ansioso, y con ese vacío abismal en

los ojos, sin ningún respeto por la muerte ni por ninguno de los que ahora mismo estamos en sus manos, incluido él.

Ha tirado la toalla. El idealista, el creyente, el hombre convencido de que un mundo mejor era posible, el que confiaba en las personas, el que llevaba toda la vida luchando por la justicia social, ha sucumbido a la decepción. Nunca será un cínico. Él no puede serlo. Yo lo intento, pero no me sale.

Mi padre no es mi padre. No tengo ni idea de quién es. Un desconocido que, de pronto, ha soltado las riendas de su vida.